

JOAQUÍN LUIS ORTEGA

HISTORIADOR Y PERIODISTA

Como el hojaldre, el Catecismo

No me parece pecar de irreverente si comparo con el hojaldre un libro tan singular como es el Catecismo. Entre otras cosas, porque no habrá entre todos los postres posibles uno que se parezca tanto a un libro. Léase si no la definición que del hojaldre proporciona el Diccionario de la Real Academia: "Masa que de muy sobada con manteca hace, al cocerse en el horno, muchas hojas delgadas superpuestas unas a otras".

Añádase, además, que tengo al hojaldre en altísima consideración. En mi escala particular está en el grupo de cabeza de los postres y si lleva una capa de azúcar quemado por encima, pasa automáticamente al primer puesto. Así que no tiene por qué quejarse el Catecismo de la comparación.

Para mayor abundamiento, al inminente nuevo Catecismo de la Iglesia le ha ocurrido lo que nunca debe hacerse con el hojaldre: sacarlo del horno antes de que se haya dorado convenientemente. Me lo dijo una vez un pastelero amigo. Ahora ocurre que alguien, la prensa en general, por los motivos de prisa que aduce siempre la prensa, se ha precipitado a sacar el Catecismo del horno antes de que se haya tostado debidamente. ¿Resultado? se han divulgado fragmentos de un catecismo aún en crudo, falto de punto y, por ende, carente de credibilidad. Sólo con la publicación ya íntegra y oficial de la versión francesa ha empezado a mejorar la situación. De cualquier forma, aquí nos hemos tragado ya la caricatura mucho antes de poder contar con el retrato.

¿Será posible que el nuevo Catecismo sea un mero catálogo de pecados?

Para tan poca cosa, ¿tanta gente trabajando durante tanto tiempo? Es de saber que el nuevo Catecismo arranca de una petición que le hizo al Papa el Sínodo de los obispos del año 85. Ya en el 86 se pusieron en marcha las comisiones pertinentes. A lo largo de estos seis años se ha trabajado sobre sucesivos y diversos esquemas y proyectos. Incluso hay que decir que éstos fueron enviados a su tiempo a todos los obispos del mundo, a las Facultades teológicas y a otras instituciones. Era una consulta que implicó a cerca de cinco mil personas y que originó una masa

de cerca de veinticinco mil sugerencias o correcciones. ¿Podía semejante despliegue terminar en un resultado tan parvo?

El Catecismo, en sus diferentes versiones, ha sido siempre un libro orgánico y global. Y más que el libro de las costumbres —virtudes y pecados—, el libro de la fe. A tal concepto responde ya la "Didajé" o "Doctrina de los Apóstoles", del siglo primero, y con esa intención redactó San Agustín mismo un catecismo que tituló "De catequizandis rudibus". Los grandes catecismos del XVI, incluido el de Trento, y los que se escribieron en el Nuevo Continente para servicio de los indios, no tuvieron otra intención que la de adaptar al tiempo y a la mente de sus destinatarios

los fundamentos de la doctrina cristiana y las exigencias morales derivadas de tal doctrina.

El nuevo Catecismo entronca, por tanto, con una tradición secular y la mantiene. Es un instrumento orgánico para el conocimiento y la transmisión de la fe católica. Desarrolla, en cuatro partes, la globalidad de la experiencia cristiana. Lo que la Iglesia cree, lo que celebra, lo que vive y lo que reza. En otras palabras, va tejiendo y destejiendo sucesivamente el Credo, los Sacramentos, los Mandamientos y el Padre Nuestro. En semejante contexto se incardina el tratamiento correspondiente de "los pecados". ¿Podía ser de otra manera?

Sin comerlo ni beberlo, el nuevo Catecismo ha tenido una salida a la opinión pública prematura y atropellada. Escasamente objetiva y veraz, por consiguiente. Se ha juzgado la totalidad del tapiz por un par de hebras sacadas de su textura. O se le ha sacado de horno antes de que estuviera tostado a satisfacción. Cosa que no debe hacerse ni con el Catecismo ni con el hojaldre.

Del Diario "YA"

